El Cardenal Amarillo
SATURNINO MUNIAGURRIA




*Digitalizado por* LIBROdot.com
*http://www.librodot.com*

Con la entrada del invierno los días se hicieron más cortos y las noches más largas y frías. Después de la cena mi madre y hermanas se dejaban estar en el comedor, ocupadas en coser y tejer, en fabricar "moldes" de vestido sirviéndose de periódicos viejos, o en leer uno de los libros que periódicamente mi madre recibía de Goya. En cuanto a mi padre, se iba directamente a la cama, no sólo porque los rudos trabajos realizados durante el día lo habían agotado y necesitaba reponer sus fuerzas, sino también porque era siempre el primero en levantarse. Yo y mis otros hermanos hacíamos compañía a las mujeres, pero las más de las veces nos quedábamos dormidos acodados sobre la mesa. Por excepción se nos otorgaba permiso para ir a la cocina y sumarnos al personal de servicio congregado en torno al fogón. El maestro era infaltable en dichas reuniones. A veces solían caer los hijos del compadre Benítez. Los cuentos sobre la Polana, el Dueño del Sol, los *poras y* el *yaciyateré* habían dejado de ser de actualidad para nosotros. Nos habíamos familiarizado tanto con ellos a fuerza de repetidos, que ya no nos inspiraban miedo ni afectaban nuestra imaginación. Un día me dijo el maestro que tratara de obtener de mi madre permiso para acompañarlos esa noche, pues iba a contar unos cuentos cuyo interés estaba muy lejos de ser igualado por los anteriores. Lo que el maestro dijo resultó cierto. Acaso presentíamos que los que hasta entonces nos habían sido relatados eran sólo producto de la imaginación, mientras que Perurimá y Paí Pajarito, o los personajes centrales de los cuentos prometidos, fueron seres de carne y hueso, no diferentes en sus hábitos y costumbres, a los habitantes de nuestra campaña. Perurimá es el cuentista guaraní que ha alcanzado mayor fama entre nosotros y sus cuentos siguen despertando el mismo interés que antes. La gracia, la ironía y el humor se combinan en ellos en proporciones diferentes. A menudo el autor o quien hace de protagonista, se disimula como el zorro, haciéndose pasar por ignorante, cándido y no pocas veces infantil, a fin de inspirar confianza y acortar así la distancia que lo separa de aquel a quién se ha propuesto hacer objeto de alguna de sus bromas, en justo castigo de su arrogancia, de su torpeza, de su orgullo o de su vanidad.

He aquí el cuento que esa noche nos relató el Maestro: Perurimá tenía su casa al borde del camino, no lejos de un copudo Ibéra-pitá, a cuya sombra solía sestear y en cuya copa acostumbraban reunirse a esa hora a cantar todos los pájaros de la vecindad. Como San Francisco de Asís, Perurimá amaba los animales y las plantas. Conversaba con ellos en un idioma que decía haber heredado de sus antepasados indios, origen del que se mostraba muy orgulloso. Amaba inclusive a las fieras y por tanto a la mujer, en su opinión la más peligrosa de todas. Pero por sobre todo amaba a los pájaros. Y de entre ellos, más que a ninguno, a aquellos que conservaban sus viejos nombres guaraníes: el cachito, la *tacuarita,* el pitogúé, el *yaciyateré,* el *uratauú,* la *viuditapayé,* el *íbirajú,* el *guira-yetapá,* el guirayú o cardenal amarillo, de canto más armonioso y agreste que el de copete rojo, y aun el nauseabundo y repelente *íríbú pirai,* gozador cibarita de la vida en el seno de la muerte de que se nutre, enamorado, no obstante, del sol y de la luz, en los cuales se embebe, las grandes alas abiertas, posado en lo alto de los árboles secos, diríase que elegidos deliberadamente, ya que con la vida, fuera de la propia, nada quiere saber. Armada de cimbras y de boleadoras, una pandilla de muchachos solía caer de cuando en cuando al árbol a cuya sombra Perurimá acostumbraba pasar sus mejores horas. Con los sebos que preparaban cuidadosamente atraían y daban caza, cuando él se hallaba ausente, a las aves que allí iban a posarse. De nada le valieron sus reclamos. Fuera de que eran más numerosos y podían arrojarle cascotes desde lejos, se sentía viejo y achacoso. Un día les dijo: Les regalaré un cardenal amarillo si se comprometen a dejar en paz a los demás pájaros.

A otro perro con ese hueso - le contestaron. Por más empeño que hemos puesto, jamás hemos conseguido cazar uno. -Es que desconocen la forma de hacerlo.

-¿Hablás en serio?

-Jamás he dejado de cumplir lo que he prometido. -Entonces, trato hecho. ¿Cuándo debemos venir a buscarlo? -Mañana a esta hora.

Se alejaron enredando con sus boleadoras sus sombreros arrojados al aire y lastimando a cascotazos cuanto animal hallaban al paso.

-Cuando al día siguiente volvió la pandilla, halló a Perurimá tendido de bruces en el suelo, apretando con las manos las anchas alas de su sombrero pajizo.

-¿Qué hacés ahí? - le preguntaron.

-Cuido de que el cardenal que se halla adentro no se escape. Lo cacé esta mañana, con pegapega de curupí, y no disponiendo de una jaula donde soltarlo, transformé en ella mi sombrero, a la espera de que ustedes llegaran.

-No tenés, entonces, sino que entregarlo.

-Tiene que sacarlo uno de ustedes. Mi mano es demasiado grande y al hacerlo se corre el riesgo de que el pájaro se escape por el espacio que queda libre.

Uno de los muchachos se adelantó y dijo:

-Seré yo, puesto que hemos acordado que el pájaro sea mío.

-Vos no. Impongo como condición que sea ese otro que tiene las orejas salidas hacia afuera y que mira contra el gobierno, -así se llama en Corrientes a los bizcos-. Puesto que ayer mató al compañero de un cascotazo, tiene derecho a completar la pareja quedándose con éste.

A él, pues, se lo adjudico, sin perjuicio de que después resuelvan lo que mejor les parezca. Sacalo cuanto antes -agregó, urgiendo lo que, dado el tono en que fue dicho, equivalía casi a una orden-, pues se trata de uno de los pájaros más ligeros que hay, y en un descuido puede escapárseme.

El muchacho aludido asintió, tendióse de bruces a su lado y levantando el ala del sombrero, metió cautelosamente la mano bajo él. Ante su reacción brusca, Perurimá lo cogió por el brazo e imprimiéndole violentos sacudones, le dijo:

-Apretá, zonzo, que esta clase de pájaros se escurre con toda facilidad.

Dicho lo cual levantó su sombrero y esgrimió su grueso garrote como medida de prudencia. El efecto fue despampanante. En vez del pájaro apareció una hedionda y revuelta masa amarillenta -es de suponer de lo que se trataba- y una mano toda embadurnada de ella.